

Tres apropiaciones (o más).

Dialogando diez años después con el texto de Sergio Tonkonoff sobre pibes, choreo, ropa deportiva y la moral del amo.

Mariana Chaves

Universidad Nacional de La Plata—CONICET

Debo decir que los primeros cinco párrafos, incluido el epígrafe, quizás seis párrafos del texto original de Sergio Tonkonoff me produjeron incomodidad. Estuve tentada de saltar a las conclusiones para encontrar una certeza, una coincidencia, una pista que me permita entender, ubicarme y tener paciencia para seguir leyendo las frases con imágenes crudas, con una elección de palabras que me colocaba muchas veces en un debate imposible entre la razón y la sin razón. Pude calmarme. Era domingo. Pensé en Miguel en la Unidad Penitenciaria ¿Tonkonoff quiso hablar de él? Revisé las conversaciones con Miguel en el facebook imaginando que podían darme letra, ¿acaso él no había sido nombrado muchísimas veces como pibe chorro? Pero no podía robar nuestra intimidad y despilfarrarla en este artículo. Del otro lado de las rejas y los muros, otros pibes y pibas, o sus padres y hermanos, de muchos barrios, esperan ropa de abrigo en el invierno y alguna camiseta piola para pasar el verano, pero ese sería otro escrito.

Volviendo a dialogar con “Tres movimientos...” vale aclarar que escribir diez años después de su publicación es como analizar con el diario del lunes, me siento medio tramposa, pero a la vez reivindico y agradezco la posibilidad. Desarrollo el texto en tres puntos, siguiendo el juego de copiar la estructura del original aunque los contenidos no sean correspondientes. Es “solo” una cuestión de forma.

En primer lugar me detendré en la ropa. En coincidencia con lo que hacemos muchas/os cuando conocemos a otra persona, lo miramos de/desde afuera. Cierta ropa y objetos funcionan como marcadores de diferencia, en este caso hiperamplificado en la imagen de las zapatillas y la ropa deportiva de marcas globalizadas. Son apropiaciones materiales y simbólicas de elementos asociados a distintas posiciones sociales. De aquellos años 90 donde se caricaturizaba la cumbia villera y a su protagonista el Pibe Chorro, ha pasado mucha reconversión de la industria musical y de la indumentaria. Como indica un viejo concepto de estudios culturales (Hall *et al.*, 2010), las producciones de estilo resultan en formas de pertenecer (inclusión) y en soluciones simbólicas a conflictos (muchas veces de clase).

En el segundo punto mencionaré otras formas de apropiación: la propiedad privada y el robo, o parafraseando a Proudhon (2005) en su texto de 1840, la propiedad privada como robo. En ese camino también reflexionaremos junto a Tonkonoff y Ariel Wilkis (2012), sobre las formas de consumir esas propiedades y de significar el dinero.

El tercer punto está centrado en la apropiación de las vidas. Reúno allí dos líneas de pensamiento a las que me llevó “Tres movimientos...”: por un lado la apropiación de

la vida del otro en formato discursivo (estigmatización-anulación) y material (derecho a dar muerte-anulación); y por otro lado la apropiación de la experiencia de la juventud, también en dos formas: 1) apropiación de la posibilidad de la experiencia del modelo hegemónico de juventud (identidad juvenil), y 2) apropiación de la juventud de los sectores populares por parte de la sociedad (expropiación de aspectos de su condición juvenil).

Finalmente habrá algunas palabras de cierre.

Apropiación UNO: la ropa deportiva

En el 2004 podíamos musicalizar con El Original:

Alta yanta, pantalón corto,
alta casaca y una piola visera
Con mi banda queremos flashar,
por eso esta noche la vamo bailar.

El Original (2004) “Alta Yanta”. Disco El bombazo.

https://www.youtube.com/watch?v=-D_I2a2BmqQ

Diez años después Sonido Básico le pone los puntos a los que arribaron desde otro sector social al estilo con:

tu risita no me cabe tenés cara de salame
te haces el guacho piola sos re gato no te sale
te haces que sos de calle y sos un nene de mamá
las llantas y visera te las compra tu papá

Los giles como vos no duran en mi vecindario
los tenemos de mulo pa’ que hagan los mandados

Sonido Básico (2014) “Muchos Cumbieritos”.

<https://www.youtube.com/watch?v=Oiy3wH7JC8g>

Cabría decir por un lado que ni la ropa les dejaron a los “Pibes Chorros”. En estos años dos mil diez y pico la ropa deportiva de fútbol para uso diario no es exclusiva—ni excluyente—de algunos pibes de sectores populares. A ciencia cierta nunca sabremos si lo fue alguna vez, pero se puede afirmar que fue un marcador de distinción frente a otros, era una marca de prestigio su posesión y significaba e identificaba un *poder ser* desde la pobreza con una estética propia. Escribo en pasado no porque haya finalizado sino para contar cómo era en su origen, o por lo menos diez años atrás cuando escribía Tonkonoff y cantaba Alta Yanta. Analizaremos brevemente algunas de sus características, el proceso de circulación en el que entró y algunas reappropriaciones realizadas.

La estética estaba construida con algunos productos de marcas de la economía de escala global que vestían a los “exitosos” del mito “del potrero al Manchester”.

Emblemáticamente Nike y Adidas, sumado a los cuerpos con signos del hambre, el padecimiento y la historia en la piel tatuada y oscura, y protegidos con viseras. Ese combo de apariencia identitaria habilitó la construcción de un nosotros exultante de masculinidad del aguante—muy clásico—, y unas feminidades que generaban controversias: a veces del aguante, a veces de la acompañante, a veces el motivo por el que rescatarse, a veces todo junto (Silba, 2012, 2014). La ocupación de los espacios públicos y privados del entretenimiento por parte de los y las jóvenes de esta estética fue avanzando, desde experiencias más segregadas en algunas esquinas del barrio de residencia, hacia ocupaciones de los centros de las localidades o la circulación a pie, en motos o bicis por toda la ciudad.

Se iba creando una visión externa sobre ellos de carácter estigmatizante, abonada y aprovechada por algunos sectores para darle una vuelta más de tuerca a la histórica construcción del portador de los males sociales, esta vez—ya repetida—en los jóvenes varones pobres de los suburbios. “El pibe chorro es un constructo social tributario de imaginarios sociales entrenados en la descalificación” (2014:106), escribía Rodríguez Alzueta. En un revival del racismo sobre el cabecita negra, se coloca en las tapas demoníacamente a “los villeros”, “los pibes chorros”, la visera, la cumbia, y así el vandalismo de la moral del amo arrasa con toda legitimación posible de la producción cultural plebeya. En espacios que intentaban ser más políticamente correctos aparecen las expresiones “los turbios”, “lugar turbio”, como nueva nominación de la diferencia.

“La capacidad de exhibir una diferencia”, dice Tonkonoff sintetizando. Recordemos que la capacidad de exhibir diferencia no está solo en el objeto, sino en lo que no es. El camperón de River o de Boca no solo “dice” sobre la identificación que tenemos con esos clubes, sino que les dice a las demás personas que nos la bancamos, ¿Cómo es posible construir este efecto de poder? por el contexto, por la tradición y porque no lo usan todos los demás. Puede no tener nada que ver con nuestra capacidad de aguante. Los que no se identifican, los que no se lo apropian, se perciben fuera de ese universo del aguante futbolero, no quieren ser como “el grasa”, “el cabeza” o aquel que por lo único que podría “triunfar” sería por el fútbol. El otro se posiciona en una inclusión en la sociedad que no está basada en el consumo de esos bienes. Y ahí nos descarta.

Muchos de los que no están incluidos, en el sentido de posiciones favorables—o por lo menos dignas—en la estructura social de la sociedad laboral, se incluirán por otros mecanismos, uno es el consumo, otro son los colectivos de reconocimientos identitario. Pueden ir separados, pero la combinación de ambos—como es el caso que nos ocupa—, produce una resolución del *ser parte*, es un lugar de participación en la sociedad. Aunque la mayoría de los otros te esté echando, te hagan bastante difícil la vida, o sueñen con tu inexistencia, vos estás ahí, y tenés muchas cosas en común con ellos.

En los diez años transcurridos es interesante ver el proceso de producción, circulación y consumo de la ropa deportiva identificada en algún momento con “los pibes chorros”. En el momento de la producción se puede ver el avance de la mundialización de las marcas, y la globalización de las posibilidades de fabricarla, ya sea en su original o en imitaciones. Se han multiplicado por millones las ganancias de los

dueños¹, pero también han crecido las ganancias de los imitadores (a veces no sabemos si no serán los mismos). El origen de los bienes hace muchas décadas que es difícil de determinar inequívocamente: ¿Las Adidas que tenemos vinieron en un container de China? ¿o fueron hechas en las fábricas de Lanús, Esteban Echeverría, Chivilcoy o Coronel Suárez? (varias con despidos en 2017)², ¿o un pedacito en cada lado? En el momento de la circulación, además del crecimiento de los locales de marca exclusiva y de sus productos en tiendas multimarca, hemos podido comprar en las ferias³. Nuestras ferias de productos réplica, imitados o auténticos pero a menor precio⁴.

Detengámonos en el tercer momento de la producción: el consumo. Se ha ampliado la población consumidora de ropa deportiva en general, pero en particular me interesa visibilizar que la estética asociada al “pibe” de sectores populares que viste ropa deportiva, visera y zapatillas hace ya varios años la encontramos en los cuerpos de pibes de sectores medios. De ahí mi comentario del inicio de esta sección, sobre que “ni la ropa les dejaron”. Ya no es marcaje de diferencia como lo describía Tonkonoff. Sigue produciendo distinción por supuesto, pero hubo una apropiación de jóvenes de sectores medios del estilo “estigmatizado”, que en su uso y resignificación arrastra algo del peligro que los demás les endilgaron, pero también se saca de encima un poco la idea del chorro, sigue siendo pibe, pero por su clase la moral del amo disminuirá la sospecha. Desde el lado de los pibes clasemedios que adoptan esta estética, sumada a los cortes de pelo de dibujos rapados y a veces a la escucha de trap, se va tornando cotidiana la vestimenta, claro que se verán señalados como mala copia por los originarios como canta Sonido Básico. Algunos quizás intenten dividir entre usuarios de original o réplica, pero entre la devaluación de los ingresos de los trabajadores (sus padres), la oposición o discusión del abuso de las grandes marcas y la emergencia de nuevos circuitos de venta muy empáticos con las redes sociales, más pibes han podido acceder a los productos con o sin patente legal. El mito de la producción/consumo impecable en su invención del imaginario de legalidad quizás quede reservada a los sectores altos.

Dos autoras peruanas, Ucelli y García Llorens estudiaron durante un tiempo la vida cotidiana de jóvenes que no tenían mucho dinero, pero no pertenecían a la pobreza estructural sino a lo que en los últimos años se nombran como sectores vulnerables. Ellas dicen que “para los jóvenes estudiados, las zapatillas y la ropa de marca son entendidas como recursos materiales y simbólicos de movilidad social” (2016: 240), una especie de inclusión por el consumo. La apuesta analítica es tomar el consumo como una de las formas de participar de las pautas sociales generales, de ser parte de aquello que es reconocido. En este caso *ser consumidor* es una de las formas bien valoradas en

¹ Ver de 2016: <https://www.merca20.com/nike-vs-adidas-vs-under-armour-cuanto-dinero-reciben-cada-dia/>

² Ver noticias sobre conflicto por despidos: <http://brownonline.com.ar/28392-adidas-cerro-tambien-fabrica-lanus-y-https://www.laizquierdadiario.com/Esteban-Echeverria-Adidas-dejaria-de-ensamblar-zapatillas-en-Argentina>.

³ Como análisis de algunas de una feria emblemática recomiendo el artículo corto de Sebastián Hacher <http://www.revistaanfibia.com/cronica/la-salada-es-para-siempre/> o su libro *Sangre Salada. Una feria en los márgenes*, Marea: Buenos Aires, 2011.

⁴ Sobre la formación del precio de la ropa en Argentina ver artículo de Mariano Kestelboim <http://studylib.es/doc/8406762/la-formaci%C3%B3n-del-precio-de-la-ropa-diciembre-2012>.

nuestros capitalismos de siglo XXI (aunque veremos en el siguiente punto que también hay moral del amo para esto).

Otro perspicaz autor, Carlos Monsivas, esta vez desde México, nos decía cómo “Se comprueba el axioma: donde cesa la movilidad social, en alguna medida y gracias al despliegue de las necesidades y la voluntad, emerge la movilidad cultural, algo comprobable en toda América Latina. El fin de la movilidad social humilla a un sector inmenso de jóvenes, pero el ascenso de la movilidad cultural es, para una minoría, la oportunidad compensatoria” (2005: 134). La hegemonía de las zapatillas de ciertas marcas, como buena hegemonía, comprende la participación en el uso de distintos sectores sociales. Contribuyen los y las jóvenes de arriba, del medio y de abajo, hay distinciones de modelos, de colores, pero la marca de algún modo unifica generacionalmente—ya no nos importa con qué legalidad. Es imposible la homogeneización, y no estamos tampoco hablando de igualdad, sino de participación en el mercado de consumo y de venta de fuerza de trabajo.

Apropiación DOS: los robos, los gastos y las sospechas

Quiero poder escribir aquí desde la incomodidad. Desde el miedo a perder mis propiedades, pero con un conocimiento de cómo es la vida de muchos de los que se las llevan. Pretendo hablar un poco de esta cuestión de agarrarse las cosas de otro, del robo como metáfora—demasiado obvia—del capitalismo, y luego hacer un recordatorio sobre las formas de uso-gasto-consumo y el dinero.

Como dije en la introducción Proudhon escribió en 1840 que “propiedad y robo son términos sinónimos”. Su frase famosa: “la propiedad es robo”, escandalizadora antes y ahora me permite pensar que todos robamos. En términos generales todos nos apropiamos de algo del otro. En términos particulares la conformación de la riqueza, de la acumulación de capital, sólo ha sido posible por la expropiación de fuerza de trabajo de otras personas, de sus bienes, o de la tierra, sin haberles retribuido a cambio un equivalente sino una suma menor, o nada. Constituye en parte la base de las relaciones de desigualdad⁵. No hay novedad en el robo/apropiación, sin embargo es presentada como una forma dañina, posible de evitar y posible de castigar. Castigos selectivos para las personas pobres que se llevan cosas de los demás, y a veces para personas no pobres que producen eventos mediatizables como boquetes, bolsos arrojados, valijas llenas o casas con grandes cajas de seguridad. Todo esto igual parece robo al menudeo al lado de las apropiaciones históricas y continuas como las que hizo Europa sobre América Latina en el colonialismo (¿habrá terminado?), Estados Unidos en su fase imperialista (¿habrá terminado?), y para venir más cerca la apropiación de las tierras de los pueblos americanos por parte de los terratenientes, el Estado y otros “dueños” de capital nacional (claramente no ha terminado). No pretendo buscar un equilibrio entre robos de unos y de otros, ni justificar las apropiaciones sino nombrarlas con los mismos términos, sin importar quién la realice.

⁵ Las reflexiones de Luis Reygadas (2008) dialogan en este punto.

Se trata de intentar comprender las lógicas de cómo y por qué se aplican términos asociados al delito, la ilegalidad y, fundamentalmente, la deslegitimación para algunas prácticas, y las mismas prácticas cuando son realizadas por otro sector social son automáticamente validadas y “muy lógicas”. La instalación de la sospecha sobre los bienes, la ganancia, el dinero y, en definitiva, la vida de los que menos tienen es sostén de la percepción de supremacía de los que más tienen o tienen algo. La distinción debe construirse sobre un orden moral sumamente simple: “lo que nosotros hacemos está bien, lo que ellos hacen está mal”, “yo decido cómo gasto, pero además decido cómo deben gastar ellos (que no es en lo mismo que yo obvio)”. Como dice Tonkonoff “Quien es débil debe servir a otros, debe producir riquezas sin consumirlas, debe utilizar el tiempo presente en favor del porvenir. Quien es débil debe trabajar. Fuerte es aquel capaz de manifestar agresivamente su vigor mediante hazañas, de arriesgarlo todo en una sola jugada”.

Podríamos seguir con esta derivación de frases autolegitimadoras de la posición del que enuncia. Nuestra cotidianeidad está llena de ejemplos de desacreditación de la vida del otro. Pero volvamos a la sospecha sobre ese discurso: ¿por qué el gasto de los pibes se llama derroche o despilfarro y la compra de un auto nuevo, cambiar la tele de 40 pulgadas por uno de 50, poner más aire acondicionados, llenarme de adornos para la casa o para mi cuerpo, cambiar las cortinas, los muebles, tener 20 pares de zapatillas o 30 de zapatos o 40 cadenas distintas no lo sería? ¿Por qué persistir en una búsqueda de racionalidad que se basa en “una forma” del gasto, y de nombrarlo, definida por los sectores dominantes? A ese modo de interpretar el mundo creo que Tonkonoff y yo llamamos “la moral del amo”. Porque lo importante para el moralismo meritocrático no es el dinero en sí, sino reducir el dinero del otro a un dinero sospechado. Como si las clases no pobres (y muy rígidamente los sectores medios) dijeran: “Si va a tener lo mismo que yo, o cosas parecidas a las mías, diremos que la obtuvo de mala manera o no sabe usarla”. No es merecedor. Esta estrategia de distinción coloca la duda sobre las formas de obtener y de usar los bienes y el dinero. Ese desarrollo interpretativo de la sospecha permanente le permite al enunciador intentar excluir al acusado de la vida en común, y en este caso en el mercado de consumo. Los sospechosos de siempre no se quedan quietos, ellos disputan los sentidos y también tienen comentarios para “los caretas”. “Consumir es participar en un escenario de disputas por aquello que la sociedad produce y por las maneras de usarlo” escribió Canclini (1995) con gran claridad.

Preferiría tal vez no sospechar de nadie, pero el ejercicio de diálogo con Tonkonoff al que me han llamado, me llevó a ver cómo plantea la sospecha sobre la forma del gasto de lo robado por los pibes. Creo que el autor oscila entre una crítica a la sospecha de la irracionalidad de ese gasto y su confirmación como improductivo: “esta alternativa (destrucción o venta para un nuevo consumo) es la que permite dar cuenta de las líneas de fuerza que se anudan en el espacio cultural constituido por los Pibes Chorros”, o en otro pasaje “la experiencia delictiva se ‘realiza’ en el consumo, no en la producción. Su cifra no es la acumulación sino el gasto”. Tengo mis dudas sobre esta afirmación. No le disminuiría su nivel de producción a la práctica delictiva, ni supondría que el gasto es

su medida en tanto opuesto a acumulación. Puede tal vez servirnos más no oponer acumulación a gasto, ese siempre ha sido el caballito de batalla de los que ya habían acumulado.

Otra acotación que puede sumarse al diálogo es recordar que el consumo es el momento de realización de la mercancía en términos de Marx. Sin consumo no hay producción, porque además el consumo siempre es consumo productivo, por lo menos en un doble sentido. Por un lado, porque produce al sujeto: en la acción del consumo el sujeto transfiere energía para sí—material y/o simbólica. El consumo produce al productor, consumidor, y la renueva la necesidad de la venta de la fuerza de trabajo (para seguir consumiendo, para pagar las deudas de lo consumido promete trabajo a futuro).

Por otro lado, porque en ese tercer momento de la dialéctica de la producción, se finaliza el circuito de producción y emerge la posibilidad de su reinicio. “El consumo sirve para pensar” enseña García Canclini en la década de los noventa, y escribía “En el lenguaje ordinario, consumir suele asociarse a gastos inútiles y compulsiones irracionales. Esta descalificación moral e intelectual se apoya en otros lugares comunes” (1995: 41). Aquí estamos dos décadas después, y continúan las preguntas del sentido común (del amo y sus acólitos): ¿de dónde sacan las cosas? ¿por qué se gastan todo? ¿por qué no siguen UN orden de prioridades de gasto? ¿por qué gastar en cosas que identifican? ¿o en cosas que dan placer en vez de dilatar el encuentro con el deseo?

Lo robado, o el dinero obtenido del robo, también se usa para comer, para contribuir en la economía doméstica, para comprar la garrafa, para cargar nafta, para comprar cerveza, y para comprar otros bienes que le pueden gustar al que roba—o no—, que le pueden gustar al que fue robado—o no. De la frase de Tonkonoff “la satisfacción que el consumidor, cualquier consumidor, obtiene en el consumo ‘desatado’ es la del deber cumplido”, me gustaría resaltar la noción de satisfacción. El consumo como placer. Pero volverían sobre nosotros los agitadores de dedos índices en alto para decirnos que no es posible, que no se debe sentir satisfacción. Que no está permitido ni legitimado el placer del consumo a quien no estaba llamado a consumir (llamado estaba pero se esperaba que no viniera). El bien obtenido por robo arranca con saldo positivo, se presenta como si no se le debiera nada a nadie. Por eso es posible obtener ganancias millonarias si me quedo con tierras que eran del estado, si me conmuta deudas porque soy juez y parte, si mejoro el precio de mi tierra (esa que me apropie antes) por mejora de la conectividad vial pagada por otros, u obtengo ganancias muchísimo más flacas, pero ganancias al fin, si me agarro el lavarropas del vecino, pungueo en el micro o vacío una casa. Todo aparece como suma a partir del robo.

El excelente trabajo de Ariel Wilkis (2013) sobre los usos del dinero en la vida popular, nos pertrecha con una visión más compleja y plural sobre los usos del dinero, su circulación y lo que el autor llama una “economía moral del gasto”. El bien y el mal se apoderan de la billetera y discutirán cuándo y cómo llenarla y en qué gastarlo. A veces con criterios que tiene un consenso amplio, a veces más sectorial, otras en tensión permanente entre lo que debe ser, lo que puede ser y sus innumerables adaptaciones. “El dinero arrastra moral”, escribe Wilkis dando una imagen de cuán inseparable es el

dinero de los litigios morales que se sucederán. En su texto el autor nos permite recorrer varios tipos de dinero: donado, militado, sacrificado, ganado, cuidado y prestado. Y establece una fuerte crítica a la visión sospechosa sobre el dinero porque nos cuenta que casi siempre la sospecha es sobre el dinero de los sectores populares. Los pibes chorros del texto de Tonkonoff son de sectores populares, lo advierto por si lo habíamos olvidado. En ese caso los demás le suman a la sospecha del dinero por popular, la del dinero por joven. Como discurso políticamente correcto no hay legitimidad moral de la ganancia obtenida por robo. En la práctica, esto se llena de matices, justificaciones y creación de otros órdenes de legalidad y legitimidad, que varían según clase, sexo y religión (por decirlo con una frase hecha). La moral del amo funciona—quiere funcionar—como un criterio hegemónico sobre el que se mide la vida de todos. Quedamos desprovistos de la cobertura del Bien si nos gastamos todo en caramelos, todo en chocolates, nos desparramos en fiestas y despilfarramos en gustos y en amigos (nuevamente el goce).

Lo ganado debe haberse ganado ¿cómo? ¿con esfuerzo y trabajo? porque esfuerzo y trabajo hubo. ¿O es cuál tipo de trabajo? ¿con el salario que nunca se tuvo? Esa forma legitimada de ganar dinero excluye. Otras formas de trabajo, y el robo de los pobres, serán puestos en sospecha. En esa operación simbólica se invisibilizarán todas las otras formas del dinero en las que participan los pibes chorros y no chorros: el donado, el militado, el cuidado, el sacrificado, el prestado y todas las otras formas que pudiéramos encontrar si se investigara el tema. La fragmentación del sujeto para ver solo una parte es un mecanismo eficaz. No conozco ningún pibe, ni ninguna familia que solucione su economía doméstica solo con dinero robado. Hay una integralidad, en el sentido del uso de distintas estrategias en la búsqueda de recursos para subsistir, para más que subsistir y para gozar. Hay pibes que chorean, pero no necesariamente el choreo define su identidad, hay que estudiar cada caso para ver el proceso. Por eso abono la idea de no hablar de “pibe chorro”, para no subsumir en una sola práctica la vida de una persona. Son también hijos, novios, hinchas de fútbol, a veces estudiantes, vecinos, entre muchas otras cosas. Participan de diversas prácticas y relaciones. Sin intención de invisibilizar “los ilícitos” no cometamos la impericia de creer en un sujeto aislado.

Apropiación TRES: los pibes

“Es que los Pibes Chorros son pobres deslocalizados. Solos o ‘en banda’ frente al sortilegio abismante del mercado, estaban condenados a no ser, a permanecer tras el umbral de visibilidad de la ciudad del consumo. La lógica de la polarización social vigente había querido que desearan en paz y luego desaparecieran en silencio. Ante la imposibilidad de cumplir acabadamente con tan singular mandato, ellos salen de caño”, dice Tonkonoff. Recordemos que también salen de paseo, salen con alguien, ayudan a la vieja, entran y salen de la escuela, están en la esquina, miran tele, se comunican por las redes, paran en una esquina. Coincido con el autor en su descripción del deseo social de invisibilidad del pobre, porque no se trata necesariamente de invisibilidad del ladrón, sino del pobre. Pero no coincido con la imagen de “pobres deslocalizados”, porque arriesgo que no es ausencia de localía, no es ausencia de lugar, es presencia del

desigualado. Presencia inocultable de la desafiliación (según Castel, 2006) y de la deriva (según Matza, 2014). Presencia en “la sociedad de las oportunidades”. Presencia de la oportunidad de robar, de la posibilidad de ser, de la acción de participar, de estar en las esquinas, de atravesar en motos la ciudad.

En la introducción del artículo anunciaba dos grandes ejes para este punto tres centrado en las formas de apropiación de la vida del otro, por un lado de la vida total, y por otro la de la experiencia de la juventud. El primer modo, la apropiación de la vida como un todo, lo refiero en un formato discursivo a los procesos de estigmatización que avanzan sobre la anulación del otro como sujeto válido. A lo largo del texto hemos hecho anotaciones sobre lo peyorativo, el racismo y sobre cómo la “ilegalidad” de una acción (el choreo) de un sujeto lleva a anular otros aspectos de esa persona haciendo del pibe, sólo un pibe chorro. Tonkonoff explica “La suya es una estrategia centrífuga. Han ‘salido’. Han arriesgado su seguridad y la de otros ganándose con ello una identidad definida, negativamente privilegiada. Es decir, socialmente relevante”. Paradoja de la identidad, afirma en una pertenencia social y habilita a la vez procesos de exclusión.

La estigmatización que logra consenso es el camino habilitante de la otra forma de anulación del otro, la forma material, me refiero tanto al dar muerte como al dejar morir (Chaves, 2016). Crece el acuerdo sobre la innecesariedad del otro. Lamentablemente sobran ejemplos en los últimos dos años de gestión macrista en Nación y de Vidal en provincia, donde han aumentado la pobreza y el hambre, haciendo que volvamos a tener muchos desnutridos en los sectores más frágiles y pequeños de nuestra población. A la par, aumentan los casos de muertes en manos de fuerzas de seguridad, o “vecinos” autoproclamados en justicieros o víctimas “con derecho a”, y esta vez acompañados de los aplausos de quienes gestionan el estado. Pero estos procesos no son de ahora, el juvenicidio (Valenzuela, 2015) viene siendo registrado desde hace tiempo, pero a veces se hace tapa en el país con sus tonos macabros (Llobet, 2015).

De todos modos, “ya estaba condenado, condenado de antes” escuchamos decir a una compañera en el documental “Pibe Chorro” sobre por qué no denunciaron a uno de los chicos. Y así fue. Murió. A él también lo mataron, así como él podría haber matado antes consiguiendo el papel perfecto de la película oficialista, en lo que Tonkonoff llama “un reconocimiento mayor que el que jamás imaginaron: la inseguridad ambiente de una Argentina de riesgo lleva a veces su nombre. Aptos para concentrar todos los temores y todas las miserias de la sociedad que los excluye, una cruzada estatal y massmediática los convierte de vez en cuando en un enemigo temible”. Diez años después, persistiendo cada día en ese mensaje, horadando la solidaridad comunitaria, esos discursos y esas prácticas son el caldo de cultivo primordial y fructífero para el odio en diversas posiciones de la propiedad: poseedores, desposeídos, expropiados y apropiadores (y no solo como enfrentamientos antagónicos de clase, sino también entre los que están del mismo bando).

Por otro lado, el segundo eje de esta sección se refiere a la apropiación de la posibilidad de la experiencia juvenil. ¿Es posible sacarle una etapa de la vida al otro? Pero ya no como muerte sino como imposibilidad simbólica de realización. Como negación de un tiempo. Nuevamente Tonkonoff habla de algo semejante: “Es posible

que frente a esta figura todo lo que haya sean desviaciones. Pero, por lo mismo, su presencia normativa puede establecer gradaciones, operar modulaciones, trazar límites y producir exclusiones. Integrar, diferenciar y expulsar son los, trabajos simultáneos de lo joven hegemónico”. Una expropiación de la condición juvenil, en principio por dos procesos que pueden confluir. Puede ser por inadecuación con el modelo hegemónico de juventud, vinculado a la moratoria social, y/o por mercantilización y banalización de los procesos identitarios y las producciones culturales de los sectores populares. Ejemplo de esto último pueden ser jóvenes de clases altas haciendo cumbia cheta, descubriendo que mejor sacaban ganancia ellos mismos de lo que les gustó tanto consumir.

En contraposición⁶ a esos procesos algunos jóvenes de sectores populares se apropian de aspectos de la condición juvenil hegemónica, y además cueban en ella, y en los consumos de otras edades y de otras clases, objetos, signos, lenguajes. Colonizando a la inversa, o como bien ha explicado Renato Ortiz (1996) para los procesos de mundialización de producciones culturales latinoamericanas, en este caso insertando en el mercado gustos de origen popular. Por supuesto la industria fagocita, regurgita y devuelve resignificado. Pero cada persona y cada grupo hace lo mismo. Es una disputa casi permanente entre apropiaciones, signos, identificaciones y distinciones. Todo para *ser* (y a veces para parecer). “Integrarse en él con la alegría que comunica la pertenencia a una comunidad vigorosa. En este caso, a la comunidad virtual de ‘lo joven hegemónico’”, escribe Tonkonoff.

La apropiación de la vida del otro, en su formato estigma, en su formato muerte, en su formato hambre, en su formato ausencia de políticas sociales. La apropiación de la juventud del otro diciendo que no tiene, que como empezó a trabajar de chico o tuvo una nena, “no tuvo juventud”. Robo. Eso es robo de la posibilidad de la experiencia en pos de validar un solo modo de vivirla. Juventud de la moratoria social. De los blancos, con estudios, con boliche a cuevas. De aquellos que portan una solución institucional y estructural a sus vidas por el soporte de sus familias y tradiciones de clase, porque la desigualdad le juega a favor. Y a contrapelo de esa intención, la apropiación de la juventud por los que son jóvenes pobres, por los que son jóvenes y roban (la vida en sí, porque es imposible no vivirla). La validación de sus producciones y agrupamientos y la participación en las industrias del entretenimiento, la moda, la música y la indumentaria.

Y en el final, disputarle a la moral del amo

No quiero victimizar a los que roban ni romantizarlos ni exculparlos de la infracción. Sino abogar por la realización de los mismos ejercicios discursivos para todos los sectores sociales. El robo legitimado de la plusvalía no entra en el código penal, apenas si lo toca el código laboral. Hicimos una apuesta para ampliar la noción de usos de los bienes y del dinero no solo a la sospecha, sino también a lo ganado, lo regalado, lo conseguido, lo querido, lo buscado, lo perdido, y otras formas a develar.

⁶ Contraposición que no es necesariamente contracultura o contrahegemonía.

Como todos los hijos de las sociedades (ah porque si no sabían los pibes chorros son sujetos de este mundo), es mucho más lo que hay en común que lo que los diferencia. Me gusta una frase de David Matza (quizás no toda su teoría), “la clave para el análisis de la subcultura de la delincuencia puede encontrarse en su alto grado de integración más amplia, no en su ligera diferenciación de ella” (2014: 112). Como dice Tonkonoff, “los pibes chorros son más pibes que chorros”. El anclaje identitario en lo etario es poderoso y combinable con la clase, el género, la raza y la religión, además de la música, la ropa y el lenguaje. No solo la ropa deportiva pasó al uso de algunos pibes de sectores medios y altos, también el lenguaje asociado a lo tumbero, mezclado con la continuidad del lunfardo, se expandió en las calles y las escuelas.

“Y todo para ser jóvenes como hay que serlo”, dice Tonkonoff. En parte le contesto: y todo para ser ciudadano como hay que serlo. En parte. Y todo para ser el proveedor de la casa como hay que serlo. En parte. Y todo para ser el macho alfa. Y todo para ser el hermano que ayuda, que da una mano. Y todo para ser el que reta a los más chicos para que no se hagan cachivaches. Y todo para que la piba o el pibe lo mire. Y todo para que la yuta no se pase, y me deje pasar. Y todo para terminar en cana. Y todo para tener unos pesos para el alcohol, el faso, la merca o el paco. Y todo para que no le falte nada al pibe que tuve. Y todo para vivir. Y todo para morir. Estrategias juveniles de reproducción (Tonkonoff, 2007).

A diez años del texto “Tres movimientos...” poseemos un mayor conocimiento de todo y una menor presencia de seguridad social y cobertura programática para las vidas precarias. Hay poca propuesta para atarnos a una vida en común, pero las hay. Ahora que está en auge usar de tiro al blanco a los jóvenes, caen en aparente aleatoriedad pibes chorros, militantes, mapuche o pobres. Pero nos damos cuenta que no hay azar porque tienen en común además de la edad y el género, su lugar de desigualados⁷. Además de los ciudadanos disparadores de siempre, ahora está el Estado enardecido, desbocados sus siervos armados porque pareciera que todo puede ser barrido bajo la alfombra de la casa de gobierno.

Pero acá estamos. Somos los que limpiamos sus casas desde hace siglos: sabemos donde guardan la mugre. Acá están los desangelados, los cabecitas negras, los pibes que usan visera y ropa deportiva, que laburan, que estudian, que a veces, algunos, roban. Están los que son robados. Las organizaciones sociales y políticas. Las iglesias. Estamos los intelectuales de lo público que llegamos desde barrios con calles de barro, y otros desde las lindas escuelas del centro. Ando con ganas de “gasto espectacular e improductivo”, de derrochar solidaridad y despilfarrar lo que podamos. Releer a Tonkonoff y volver a pensarnos. Haciendo lo que se nos cante con lo poco que ganamos por la ilegalidad del trabajo que no nos pagan bien. Habrá que “aguantar los trapos”, o tirar organizadamente las toscas hacia algún lado para mostrar que acá estamos. Avivándonos para no creer en la moral de los amos.

⁷ Me gusta usar esta expresión de la traducción de Göran Therborn (2015)

Bibliografía

- Castel, R.: *Las metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Paidós: Buenos Aires, 2006.
- Chaves, M.: “La ciudad como lienzo de las culturas”, en: Quevedo, A. (comp.): *La cultura argentina hoy. Tendencias*, OSDE-Siglo XXI: Buenos Aires, 2015.
- Delgado Ruiz, M.: “Estética e infamia. De la distinción al estigma en los marcajes culturales de los jóvenes urbanos”, en: Feixa, Costa y Pallarés (eds.): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica*, Ariel: Barcelona, 2002.
- García Canclini, N.: “El consumo sirve para pensar”, en: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo: México, 1995.
- Hall, S. et al.: “Subcultura, culturas y clase”, en: Hall, S. y Jefferson, T. (eds.): *Resistencia a través de rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra*, La Plata: Observatorio de Jóvenes, comunicación y medios: La Plata, 2010.
- Jaimes, D.: *Periferia*, Edición de autor: Buenos Aires, 2007.
- Juventudes OTRAS: *Malandros. Identidad, poder y seguridad*, Fundación Tiuna El Fuerte: Caracas, 2010.
- Llobet, V.: (2015) “Políticas y violencias en clave generacional en Argentina”, en: Valenzuela, J. M. (2015) *Juvenicidio*, NED: Barcelona, 2015.
- Matza, D.: *Delincuencia y deriva*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2014
- Miguez, D.: “Rostros del desorden. Fragmentación social y la nueva cultura delictiva en sectores juveniles”, en: Gayol, S. y Kessler, G. (comp.): *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, Manantial-UNGS: Buenos Aires, 2002.
- Monsivais, C.: “Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos, y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco”, *Nueva sociedad* 200, 2005, 127-140.
- Ortiz, R.: *Otro territorio (Ensayos sobre el mundo contemporáneo)*, UNQui: Buenos Aires, 1996.
- Proudhon, P. J.: *¿Qué es la propiedad?*, Libros de Anarres: Buenos Aires, 2005.
- Reygadas, L.: *La apropiación: Destejiendo las redes de la desigualdad*, Anthropos: Barcelona, 2008.
- Rodríguez Alzueta, E.: “Introducción: elefantes en el bazar” y “Consumo y delito: si no hay futuro hay joda”, en: Rodríguez Alzueta, E. (comp.): *Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos*, Malisia: La Plata, 2016.
- Rodríguez Alzueta, E.: *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*, Futuro anterior: Buenos Aires, 2014.
- Silba, M.: “Vidas Plebeyas: masculinidades, resistencias y aguante entre varones jóvenes pobres del Conurbano”, *Papeles de Trabajo*, Año 6, N° 10, 2012, 160-176.
- Silba, M.: “Mujeres jóvenes y transgresoras. Roles de género, domesticidad y aguante en el Conurbano Bonaerense”, *Revista Ciencias Sociales*, 2014, 76-81.
- Therborn, G.: *Los campos de exterminio de la desigualdad*, FCE: Buenos Aires, 2015.
- Tonkonoff, S.: “Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas”, en: AAVV: *La sociología ahora*, Siglo XXI: Buenos Aires, 2007.
- Tonkonoff, S.: “Juventud, exclusión y delito. Notas para la reconstrucción de un problema”, *Alegatos*, 65, 2007, 33-46.
- Uccelli, F. y García Llorens, M.: *Solo zapatillas de marca. Jóvenes limeños y los límites de la inclusión desde el mercado*, Instituto de Estudios Peruanos: Lima, 2016.
- Valenzuela, J. M.: *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*, NED: Barcelona, 2015.
- Wilks, A.: *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*, Paidós: Buenos Aires, 2013.
- Pibe chorro* (2016), Largometraje documental. Guión y Dirección: Andrea Testa. Disponible en: <https://vimeo.com/136126589>.